



EL RECURSO DEL AGUA

Por **Cristóbal González**

Secretario de L.A.D.U.

Ciertas regiones de Australia tienen que soportar intensas sequías. Quien observa un mapa del interior de ese país podría pensar que es rico en agua. Numerosos ríos se hallan marcados, pero, en realidad, éstos no son sino lechos secos, pedregosos y a veces de varios kilómetros de ancho. A menudo los lagos son hondonadas o pantanos salados. En esas regiones, la lluvia puede faltar durante años. En consecuencia, hombres y animales sufren la sequía. Para los indígenas del norte de Australia, una de las soluciones de esa escasez de agua se halla en lo que ellos llaman “el árbol botella” que crece en esa parte del país. Su tronco, que se hincha hasta alcanzar dos o tres metros de diámetro, tiene la forma de una botella (o botellón). En tiempos de sequía, los indígenas perforan la corteza del árbol del que entonces fluye una rica, abundante y dulce agua. (Ilustración tomada del almanaque “La bucnasemilla”)

La provisión de agua de uno de estos árboles es considerable y puede alcanzar para varios meses. Pero llega el momento en que se acaba. Todo tiene su fin. Es la ley inexorable de las cosas que se ven: “pero las cosas que no se ven son eternas”, y entre ellas “el agua de la vida”.

Después de haber pedido agua a la mujer samaritana, Jesús le dijo: “Si conocieras del don de Dios y quién es el que te dice, Dame de beber; tú le pedirías y él te daría agua viva”. Estimado lector, esta agua, de la que habla Jesús en el Evangelio según san Juan, está hoy a disposición de toda persona que busca algo perdurable. Aún es valedera la invitación del Señor, cuando dice: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Él es la fuente de salvación del alma humana. No hay otro nombre —más que el de Jesús— dado a los hombres en que se pueda ser salvo. Esto es Palabra de Dios.

Si, es cierto que todo ser humano se cansa en su intento por sacar agua del pozo de este mundo. El pozo del placer sin Dios. El autor del libro del Eclesiastés dijo: “Dije en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. Mas he aquí esto también era vanidad. A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿de qué sirve esto? Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cual fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se

ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida”. Si, el placer se termina y te deja vacío, completamente vacío. El gozo del materialismo ateo con sus pobres ofertas de vida vacía. El pozo del intelectualismo humano sin Dios y lleno de vanidad y vacuidad. Todos estos son, como dijera el profeta Jeremías: “cisternas rotas, que no contienen agua”. De este desierto humano, solo Dios puede abrir un manantial de aguas vivas, y lo ha hecho a través de Jesucristo, mediante su venida al mundo y su muerte en la cruz del Calvario.

Pero también es cierto amigo lector, que tú necesitas conocer el maravilloso don de Dios. Jesús dijo a la mujer samaritana: “Si conocieras el don de Dios...” San Pablo exclamó: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” Cuando Jesús nació, los ángeles dijeron: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Si lector, Dios tiene buena voluntad para contigo ahora, y no importa donde estés y como estés. El te quiere y desea llenar tu vida con su presencia, y por lo tanto satisfacerla plenamente.

Finalmente, es necesario conocer personalmente al Hijo de Dios, Jesucristo, y reconocer nuestra necesidad personal de él. La mujer samaritana dijo: “Señor dame de esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla”.

Pilato dijo: “¿Qué haré con Jesús que se dice el Cristo?” ¿Qué harás tú en este día con él? La Palabra de Dios dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquél que en Él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”. San Juan agrega: “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

¿Porque tenemos un mundo tan convulsionado, enfermo, y al punto casi de perecer? — Alguien dijo, buscando el mal de nuestra sociedad, que el mal no está afuera del hombre, sino adentro de él mismo, en su corazón, en su alma. Y el alma estimados lectores no puede ser satisfecha con estas cosas perecederas de la vida, sino solamente con Dios. San Agustín, uno de los padres de la Iglesia dijo: “Que el alma humana, no tiene ni paz ni reposo hasta que no encuentra a Dios”.

Visite nuestro sitio

<http://www.lasasambleasdedios.org>